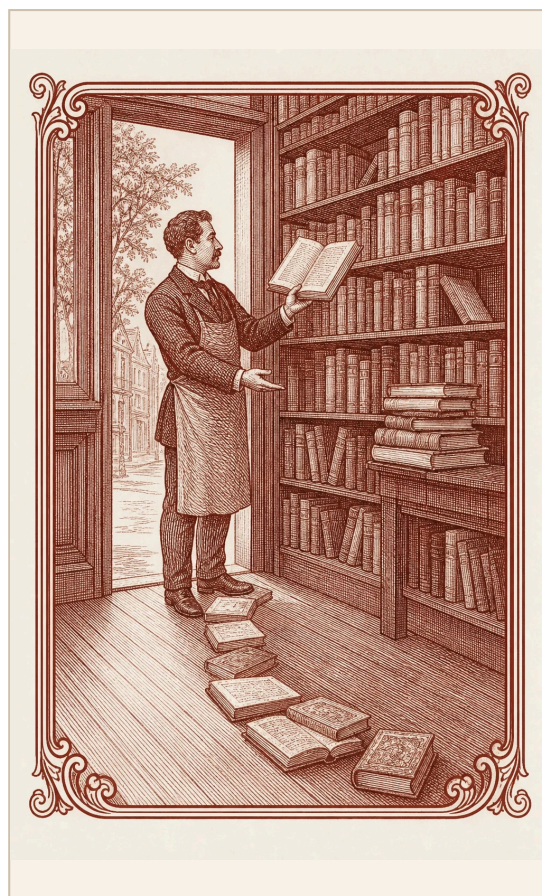


ENSAYO

Contra el no lugar: elogio de los libreros

Orientación, libros usados, hallazgos, Onetti y la librería como lugar frente al catálogo infinito.



AUTOR
Martín Álvarez

PUBLICADO
3 de mayo de 2026

ACTUALIZADO
7 de mayo de 2026

VERSIÓN WEB

Para leer, compartir o citar con enlaces activos:

<https://falso.guru/posts/valor-del-librero/>

ÍNDICE

1. El exceso también desorienta	4	9. El librero no sustituye al lector	16
2. Leer sin estar leyendo	4	10. Cuidar librerías no es lo mismo que congelarlas	16
3. No todo valor es escalable	5	11. El precio no alcanza para nombrar el valor	17
4. La librería como umbral	6	12. Poner al librero en su lugar	17
5. El oficio no es decorativo	7	13. Una defensa sin folclore	18
6. El libro usado también enseña	8	14. Lecturas de trabajo	19
7. Una cadena no es una comunidad	13		
8. Contra la falsa neutralidad del catálogo	15		

No todos los libros esperan del mismo modo.

Una librería empieza muchas veces con una escena mínima: alguien cruza la puerta, mira una mesa, duda, toca un lomo, pregunta por un título que recuerda mal. Todavía no hay venta. Hay una relación que intenta formarse. Del otro lado, alguien tiene que escuchar esa forma imprecisa del deseo: un apellido mal dicho, una tapa confundida, «algo parecido a», «un libro para alguien que no lee», «uno que vi hace años».

Contra el no lugar: esa puede ser una manera justa de empezar.

El riesgo no termina en la persiana baja. Hay otro riesgo, más raro y más silencioso: que los libros sigan estando, incluso más disponibles que nunca, pero que la relación con ellos se vuelva anónima, intercambiable, sin memoria, sin conversación y sin espesor. Un no lugar del libro: mucho tránsito, mucha oferta, mucha disponibilidad, pero poca experiencia compartida.

Una librería viva hace lo contrario. Produce lugar. Permite volver, preguntar, equivocarse, reconocer una mesa, confiar en una recomendación, discutir un gusto, encontrar un libro que no estaba previsto. Deja que una lectura se asocie a una voz, a una tarde, a una calle, a una conversación que no estaba en el buscador.

Hay una manera pobre de mirar una librería: verla como un local con estantes, una caja registradora y mercadería. Desde esa mirada, el librero aparece como una pieza reemplazable de la cadena: alguien ubicado entre quien edita y quien compra; alguien que agrega un margen; alguien que ocupa un lugar que, en teoría, una plataforma podría volver más rápido, más barato o más eficiente.

Esa mirada parece moderna, pero en realidad achica el problema. Llama acceso a la disponibilidad. Llama catálogo a la acumulación. Llama eficiencia a la desaparición de una conversación.

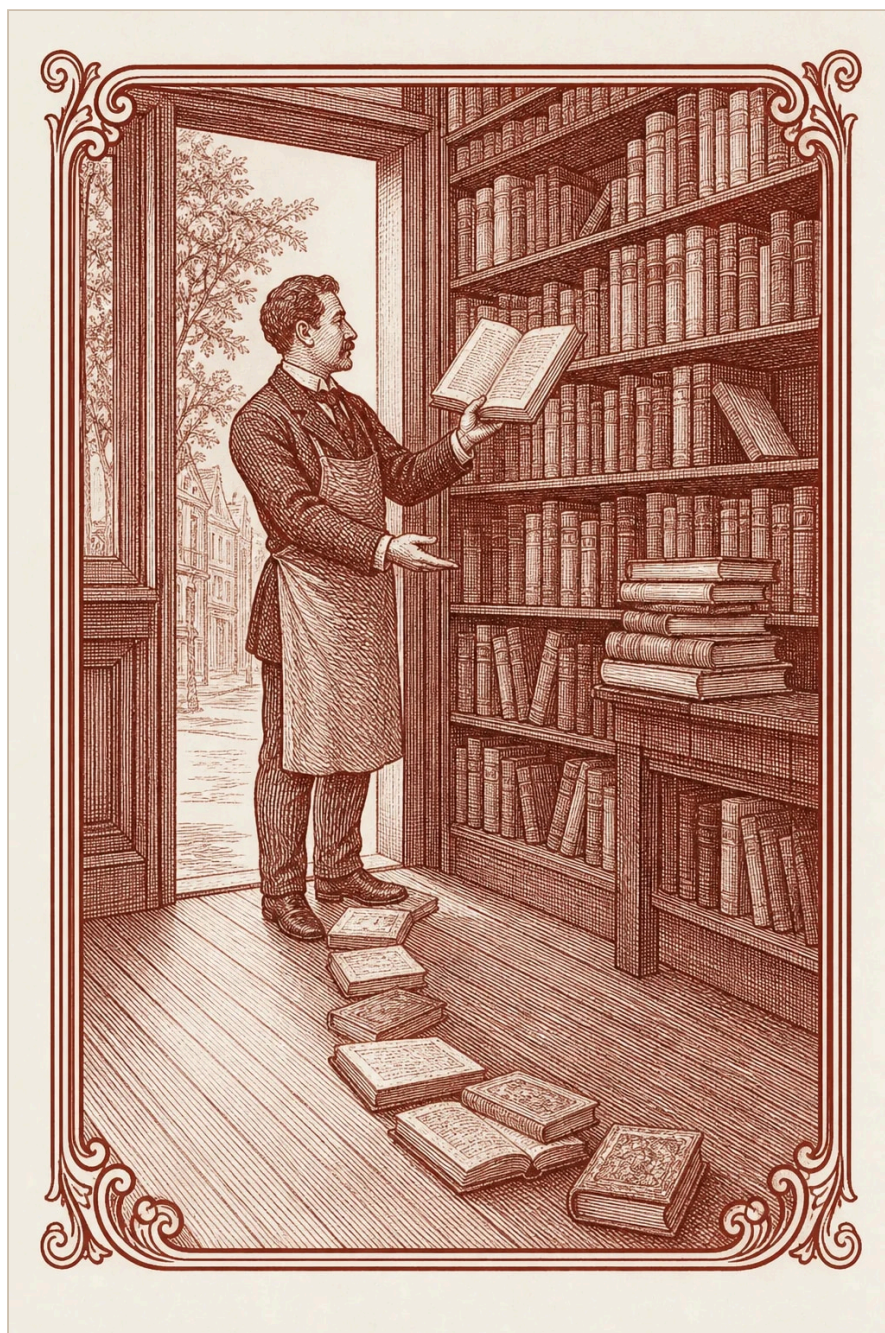
Una librería no importa simplemente porque tenga libros. Internet también los tiene. Los depósitos también. Las ferias también. Las bibliotecas heredadas también. La pregunta decisiva no es cuántos libros existen, sino qué relación humana somos capaces de construir con ellos.

Ahí, en esa distancia entre existencia y encuentro, aparece el librero.

No como guardián solemne de una cultura superior. No como sacerdote del gusto. No como figura romántica encerrada en una postal de madera, polvo y lámparas cálidas. El librero importa por algo más concreto y más difícil de fotografiar: trabaja todos los días en el punto exacto donde el libro deja de ser inventario y vuelve a ser posibilidad.

Un libro en una base de datos es un registro. Un libro en un depósito es stock. Un libro en una mesa puede ser una invitación. Un libro recomendado a la persona adecuada, en el momento adecuado, puede cambiar una semana, una conversación, una vocación, una memoria o una forma de estar en el mundo.

Ese cambio no lo produce el precio. Lo produce una mediación.



El librero como umbral: cuando el libro deja de ser inventario y vuelve a ser posibilidad.

El exceso también desorienta

Durante mucho tiempo se pensó que el problema cultural era la escasez: pocos libros, pocos lectores, pocas bibliotecas, pocas editoriales, pocos canales de circulación. Y en muchos lugares ese problema sigue existiendo. Pero junto con la escasez apareció otra dificultad: la abundancia ilegible.

Gabriel Zaid lo formuló de manera memorable en *Los demasiados libros*: la humanidad publica más de lo que cualquier persona puede leer, clasificar, recordar o siquiera conocer. El problema no es solo que falten libros. El problema también es que sobran libros para una vida humana.

Esa abundancia cambia el oficio.

Cuando hay pocos libros, el mediador parece menos necesario: basta con conseguirlos. Cuando hay demasiados, el mediador se vuelve decisivo: alguien tiene que ayudar a distinguir, conectar, ordenar, rescatar, recomendar, descartar, volver a poner en circulación, detectar afinidades y abrir caminos de lectura.

Por eso el librero no compite únicamente contra otros vendedores. Compite contra el caos, contra el exceso y contra esa forma contemporánea de cansancio que aparece cuando todo parece estar a un clic y, sin embargo, nada termina de encontrarnos.

El algoritmo también ordena, pero ordena desde otro lugar. Ordena por historial, conversión, semejanza, probabilidad de compra, velocidad de rotación, presión comercial, publicidad o tendencia. Puede ser útil. Sería absurdo negarlo. Pero no reemplaza la escena humana de una recomendación situada: alguien que escucha no solo qué libro se busca, sino qué tipo de lector está preguntando; alguien que entiende que no siempre conviene dar el libro más obvio, el más nuevo, el más vendido o el más parecido al último.

Una buena recomendación no es una coincidencia estadística. Es una lectura de la lectura del otro. A veces empieza antes de que el lector sepa formularla.

El librero trabaja con esa materia frágil: gustos imprecisos, recuerdos incompletos, presupuestos concretos, edades, duelos, regalos, mudanzas, obsesiones, cursos, vergüenzas, manías, entusiasmos, rechazos. A veces el cliente sabe el título. A veces recuerda una tapa. A veces pregunta por «un libro para alguien que no lee». A veces busca una edición que ya no circula. A veces necesita que no le vendan lo que pidió, sino que le muestren lo que en realidad estaba intentando encontrar.

Ese trabajo no aparece en el precio de tapa. Tampoco entra cómodo en una planilla.

Leer sin estar leyendo

Un librero no necesita haber leído todo. De hecho, quien presume haber leído todo suele estar mintiendo o entendiendo muy poco el oficio. Lo que distingue a un librero no es la omnisciencia, sino una forma entrenada de atención.

Leer profesionalmente no significa leer como crítico académico ni como influencer de novedades. Significa conocer zonas del catálogo, reconocer conversaciones entre libros, detectar huecos, recordar lectores, cruzar intuiciones, saber cuándo una recomendación tiene que acompañar y cuándo tiene que desafiar.

Jorge Carrión, en *Librerías*, recorre librerías reales y literarias como si fueran una cartografía secreta de la modernidad. La librería aparece allí como institución urbana, como archivo sentimental, como lugar de paso y pertenencia. Pero lo más importante no es solo el espacio: es la relación que el espacio habilita. Una librería sin mirada se vuelve depósito decorado. Una librería con mirada puede convertirse en una inteligencia colectiva.

Esa inteligencia no se improvisa. Se construye en la repetición: abrir cajas, revisar catálogos, hablar con editoriales, comprar bibliotecas, devolver libros que no encontraron lector, recomendar libros que no estaban en ninguna vidriera, recordar quién buscaba una edición, separar un ejemplar, detectar que una novela olvidada puede conversar con una discusión actual.

El librero lee incluso cuando no está leyendo.

Lee mesas. Lee lomos. Lee ausencias. Lee el movimiento de un barrio. Lee qué se agota y qué nunca salió del estante. Lee la diferencia entre entusiasmo genuino y moda. Lee el cansancio de quien entra sin saber por dónde empezar. Lee el silencio de quien mira una mesa durante diez minutos y no se anima a preguntar.

La librería, cuando tiene mirada, practica una crítica literaria sin solemnidad. No escribe papers ni reparte estrellas, pero decide cosas que importan: qué se muestra, qué se repone, qué se recomienda, qué se salva del olvido, qué se deja ir.

No todo valor es escalable

La época exige que todo sea escalable. Si algo funciona, se pregunta cómo multiplicarlo, automatizarlo, empaquetarlo, convertirlo en proceso, medirlo y hacerlo crecer. Pero no todo lo valioso mejora cuando escala.

La recomendación librera tiene una parte que resiste la escala porque depende de presencia, contexto y responsabilidad. No es lo mismo recomendar un libro a una multitud abstracta que recomendarle un libro a alguien que va a volver, que puede decir si funcionó, que puede discutirlo, devolverlo simbólicamente con otra pregunta.

El librero no opera en el vacío. Tiene rostro. Está ahí. Su recomendación compromete una reputación, pero también una relación.

Helene Hanff lo muestra con una claridad preciosa en *84, Charing Cross Road*. La relación entre una lectora de Nueva York y una librería londinense de viejo no se reduce a compraventa postal. Hay búsqueda, espera, precisión, humor, confianza,

libros que viajan y una intimidad construida alrededor de ediciones. La librería no aparece como local visitado, sino como presencia mediadora: alguien del otro lado entiende qué clase de libro importa.

Ese «alguien del otro lado» pesa cada vez más en un mundo donde casi todo aparece disponible, pero cada vez menos cosas parecen dirigidas a alguien en particular.

El librero no tiene valor porque impida otros canales. Lo tiene porque propone otra relación con el libro: más lenta, más encarnada, más vulnerable, menos perfecta, pero capaz de producir hallazgos que no estaban previstos por la lógica de la demanda.

Un algoritmo puede decir «quienes compraron esto también compraron aquello». Un librero puede decir: «no sé si es lo que viniste a buscar, pero creo que este libro te está esperando».

La diferencia no es sentimental. Es una diferencia de mundo.

La librería como umbral

Muchas ficciones entendieron antes que la economía lo que una librería representa.

En *La historia interminable*, de Michael Ende, todo comienza con una entrada intempestiva en una librería de viejo. Bastián no llega a un comercio cualquiera: cruza un umbral. La librería es el lugar donde un libro puede dejar de ser objeto y convertirse en mundo. El librero, incluso cuando parece áspero o distante, custodia esa frontera.

En *La librería*, Penelope Fitzgerald cuenta algo más incómodo: abrir una librería puede ser un gesto de coraje y, al mismo tiempo, una forma de quedar expuesto ante poderes locales, indiferencias sociales y pequeñas violencias. La novela vale precisamente porque no idealiza. Una librería puede tener razón y perder. Puede querer ampliar el mundo y chocar contra quienes prefieren que nada se mueva.

Christopher Morley, en *La librería ambulante* y *La librería encantada*, trabaja una imagen más luminosa: el librero como alguien que lleva libros, conversaciones y posibilidades de transformación. La librería puede ser fija o móvil, pero siempre implica una misión: poner libros en contacto con vidas.

Borges llevó la imagen al extremo metafísico en «La biblioteca de Babel». Un universo con todos los libros posibles no es necesariamente una utopía. Puede ser un infierno de desorientación. Si todo está, nada aparece. Si todo existe sin mediación, el sentido se vuelve inaccesible.

Ese laberinto es una de las mejores defensas posibles del librero: no necesitamos solamente más libros disponibles; necesitamos mejores modos de encuentro entre libros y lectores.

El oficio no es decorativo

Hay un riesgo en defender librerías: convertirlas en estampas. Hablar de aroma a papel, de madera, de rincones, de refugio, de nostalgia. Todo eso puede existir, claro. Pero si nos quedamos ahí, la defensa queda demasiado fácil, demasiado fotografiable, demasiado parecida a una postal que se comparte con ternura mientras las condiciones materiales del oficio siguen intactas.

Una librería no debería defenderse como decoración urbana.

Hay que defenderla por lo que permite hacer. Una ciudad con librerías tiene puntos de orientación simbólica, pero también prácticas muy concretas: presentaciones, clubes de lectura, recomendaciones escolares, pedidos especiales, conversación intergeneracional, visibilidad para editoriales pequeñas, rescate de libros descatalogados, circulación de usados, compra de bibliotecas, formación de lectores, vida de barrio.

Nada de eso es abstracto. Nada de eso ocurre automáticamente porque el libro exista.

Héctor Yánover, en *Memorias de un librero*, permite bajar el oficio de cualquier pedestal. El librero aparece como trabajador, observador, humorista involuntario, comerciante, lector, psicólogo de mostrador y sobreviviente. Esa mezcla importa: el librero no es puro espíritu. Paga alquiler, negocia, se equivoca, compra mal, vende poco, atiende cansado, aprende de los clientes, sostiene el local con una combinación extraña de cálculo y fe.

Shaun Bythell, en *Diario de un librero*, empuja todavía más contra la idealización. Su experiencia en una librería de viejo muestra el oficio por dentro: jornadas repetitivas, clientes absurdos, compras de bibliotecas, ventas imprevisibles, plataformas que presionan, libros que llegan en cajas, hallazgos mínimos y una economía siempre tensa. Es un libro útil porque defiende la librería sin convertirla en postal.

Por eso me interesa defender al librero sin perfume de vitrina. No porque el oficio sea puro encanto, sino porque es trabajo cultural real: con costos, tiempos, errores, intuiciones, cuerpos cansados y una utilidad social que el mercado suele remunerar mal.

El libro usado también enseña

Quienes trabajamos con libros usados sabemos algo que la discusión sobre el libro nuevo suele olvidar: un libro no termina cuando se vende por primera vez.

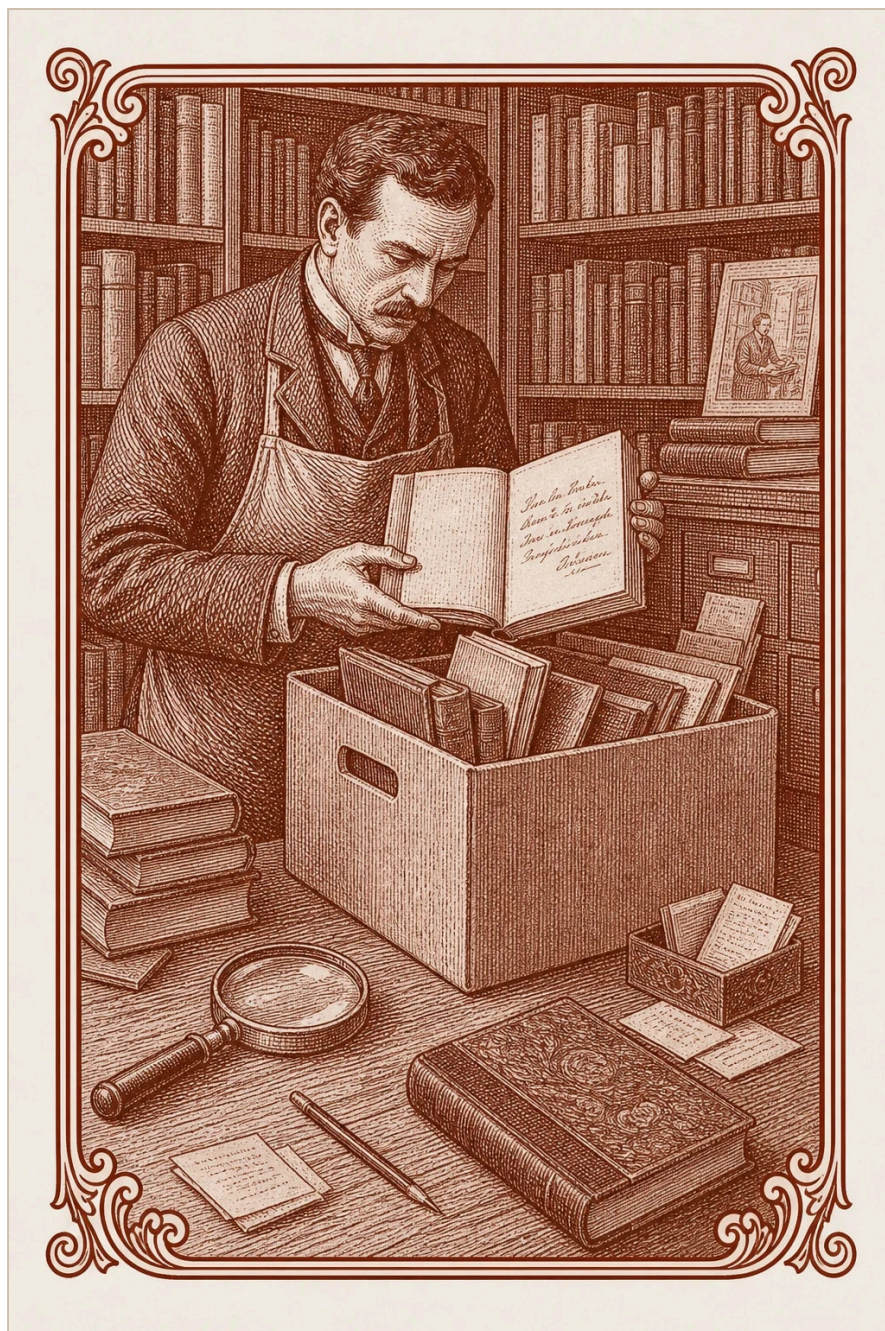
El libro circula.

Pasa de mano en mano. Cambia de precio, de sentido, de estado, de lector. Lleva marcas. Una dedicatoria puede volverlo íntimo. Un subrayado puede abrir una conversación con una persona desconocida. Una edición vieja puede ser mejor que una nueva. Un libro agotado puede reaparecer en una caja cualquiera, entre manuales vencidos, novelas leídas a medias y papeles que nadie revisó.

En el libro usado hay una escena que se repite: alguien se desprende de una biblioteca por mudanza, muerte, necesidad, falta de espacio o cansancio. Lo que para una casa es pérdida, para otra puede volverse descubrimiento. El librero trabaja en ese pasaje delicado.

El librero de usados no opera solo con novedades, sino con restos, retornos, casualidades, rastros. Su tarea no es empujar lo último, sino detectar qué sigue vivo.

Carlos María Domínguez, en *La casa de papel*, entiende muy bien esa potencia del libro como objeto cargado de destino. Los libros no son meros contenedores de texto: ocupan casas, alteran relaciones, guardan obsesiones, sobreviven a sus dueños, construyen formas raras de pertenencia. En una librería de usados esa dimensión se vuelve cotidiana. Cada ejemplar trae una biografía parcial.

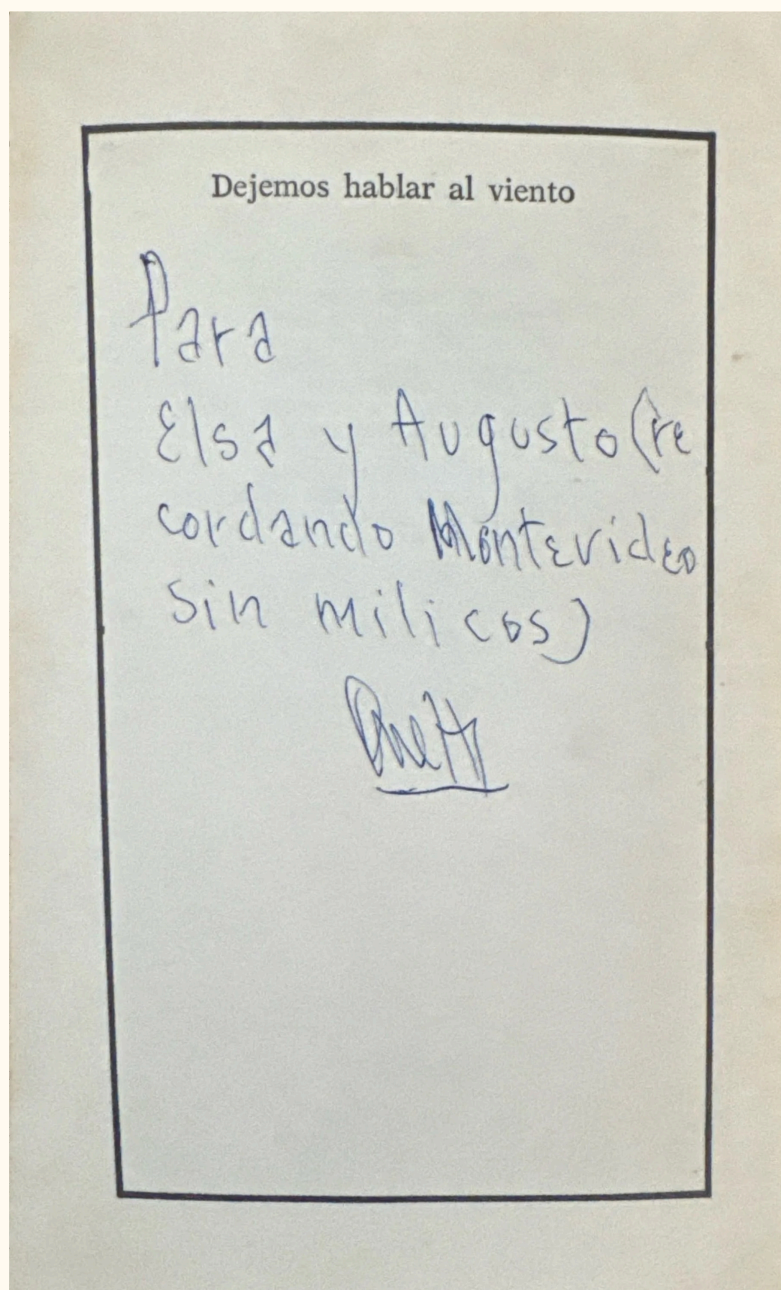


El trabajo invisible: abrir una caja común como quien escucha una biografía incompleta.

Una vez fui a una casa en Punta del Este. Una pareja se mudaba a otra ciudad y, como pasa siempre en las mudanzas, los libros se habían vuelto un problema físico: pesan, ocupan, demoran, obligan a decidir. Me mandaron fotos por WhatsApp. Vi alguna cosa interesante, nada impresionante. Pero era una pared entera. Mi intuición me dijo que valía la pena ir.

Separé unos cien libros. Entre ellos estaba *Dejemos hablar al viento*, de Juan Carlos Onetti. Casi lo dejo. Es una edición que circula mucho, de una novela escrita cuando Onetti ya estaba en el exilio, y yo tenía varios ejemplares repetidos. Pero estaba muy sano. Lo puse en el lote.

Una semana después, al procesar los libros, apareció la sorpresa: el ejemplar estaba dedicado por Onetti a Elsa Andrada y Augusto Torres, amigos suyos que vivían entonces en Barcelona mientras él estaba en Madrid. No lo digo como perito, sino como librero ante un objeto: la caligrafía parecía inequívoca. Y la dedicatoria tenía una fuerza difícil de explicar sin verla: «Para Elsa y Augusto (recordando Montevideo sin milicos)».



Ejemplar rescatado por Tremendos Libros. Dedicatoria en *Dejemos hablar al viento*: una huella mínima donde aparecen exilio, amistad y dictadura.

Ese ejemplar no era valioso solo porque una firma pudiera subir una cotización. Era otra cosa. Una huella del pasado. Onetti en Madrid, sus amigos en Barcelona, la dictadura, el exilio, Montevideo convertido en recuerdo político y afectivo. En una

frase mínima aparecía una ciudad perdida, una amistad sostenida a distancia y esa sequedad onettiana capaz de decir una tragedia sin solemnidad.

Ese libro casi quedó atrás. Casi fue un volumen repetido más en una pared de mudanza. Lo que lo salvó no fue un algoritmo ni una ficha perfecta ni una búsqueda por ISBN. Fue una mezcla bastante artesanal de experiencia, curiosidad, olfato y terquedad: mirar una foto mala, desconfiar de lo evidente, ir igual, separar con paciencia, revisar después. Eso también es trabajo librero.

Patricio Rago lleva esa idea al absurdo perfecto en *Ejemplares únicos*, en el relato «¿Tenés Macunaíma?». Cuenta la historia de un vendedor de libros por internet que viajaba a México y traía títulos difíciles de conseguir en Argentina: ediciones de la UNAM, Fondo de Cultura, ERA, rarezas de antropología, libros que acá no circulaban. Hasta que una noche, en una fiesta, conoce a alguien que vendía LSD y entiende que sus viajes podían volverse más rentables de una manera bastante menos bibliográfica.

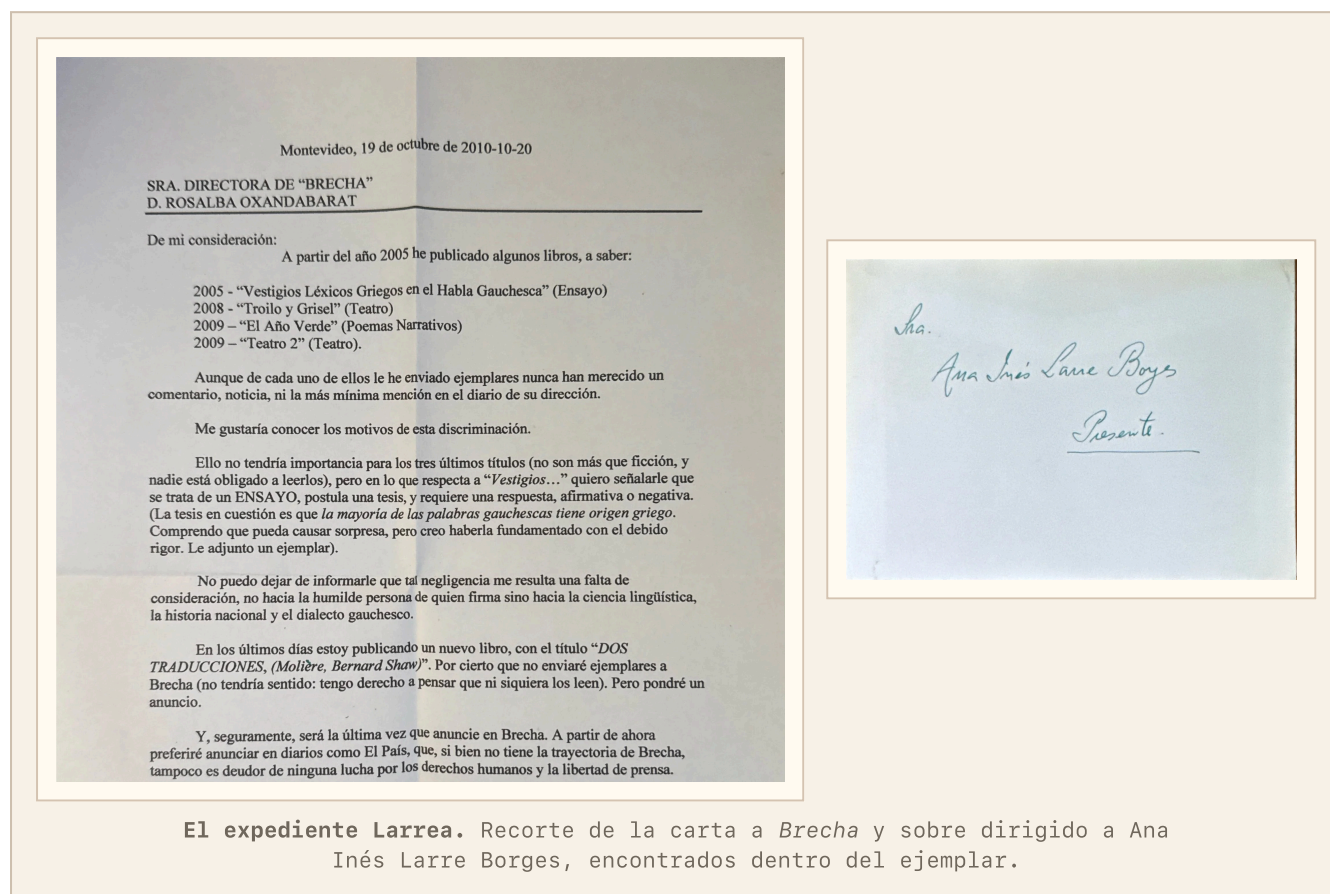
Elige *Macunaíma*, de Mário de Andrade, justamente porque era un libro inconseguible y porque casi nadie lo pediría por casualidad. Desde entonces, la pregunta «¿Tenés Macunaíma?» deja de ser una búsqueda literaria y se vuelve contraseña. El libro funciona como obra, clave, escondite, mercancía paralela y malentendido posible. Rago cuenta que, más tarde, cuando el vendedor encuentra cinco ejemplares reales de *Macunaíma* en una vieja librería de la calle Donceles, los compra divertido, como si la realidad hubiera decidido imitar la ficción. En Ezeiza lo paran, revisan los libros y se los confiscan. La historia termina con una posibilidad mínima y delirante: que todavía anden por ahí cinco *Macunaímas* sospechosos, quién sabe si inocentes o no.

La anécdota es desopilante, pero no es solo chiste. Dice algo muy serio sobre el libro usado: un ejemplar nunca es solamente el texto que contiene. Puede ser contraseña, rumor, prueba, pérdida, objeto confiscado, resto policial, secreto familiar, mercancía absurda, mito de libreros. Puede llegar al mostrador con una vida que nadie sabe leer del todo.

Hace poco, en Tremendos Libros, esa teoría apareció con forma de objeto imposible. En un lote completamente random llegó *Vestigios léxicos griegos en el habla gauchesca*, de Roberto Larrea. Solo el título ya obliga a sentarse. No promete una rareza lateral ni una curiosidad de pie de página: propone, con una seriedad que uno no sabe si discutir o abrazar, que el habla gauchesca viene cargada de griego.

El ejemplar traía además una dedicatoria y una carta de 2010 dirigida a la directora de Brecha. Larrea reclamaba que su libro no hubiera recibido comentario, noticia ni mención. Y ahí el asunto se vuelve todavía mejor: insiste en que no se trata de un capricho, porque el libro «se trata de un ENSAYO, postula una tesis, y requiere una respuesta». No pide aplauso. Pide tribunal. El silencio, viene a decir, no ofende tanto a su persona como a la ciencia lingüística, la historia nacional y el dialecto gauchesco. Es extraordinario.

El expediente traía una segunda escena: un sobre dirigido a Ana Inés Larre Borges. No es un detalle menor. Larre Borges es una crítica literaria uruguaya de referencia, y ese sobre convierte el objeto en una tentativa completa de conversación pública: libro, carta, copia, destinatarios, reclamo y espera. Larrea no quería quedar en la rareza privada. Quería que alguien le discutiera la tesis, que la desarmara o la tomara en serio. Incluso la queja más delirante reconoce algo que el ecosistema suele olvidar: un libro necesita lectores capaces de responder.



Ese libro llegó para venderse y duró cinco minutos en la categoría mercancía. Hay ejemplares que uno tasa, limpia, fotografía y sube. Y hay ejemplares que aparecen como si el universo dijera: «esto no se vende; esto se custodia». Este entra en la segunda categoría. No sé cuántas personas salieron alguna vez a buscar la conexión entre Grecia y la pulpería, pero ahora sé que ese libro existe, que atravesó manos, silencios, reclamos, lotes y cajas, y que terminó en Tremendos Libros para recordarme algo simple: una librería también es una institución de rescate del asombro documentado.

No lo vendería jamás. Hay una economía paralela que ningún Excel entiende: el valor del disparate perfecto.

Esa experiencia rompe una idea demasiado estrecha del mercado: la idea de que el libro es solamente novedad, lanzamiento, precio de tapa, reposición y descuento.

El ecosistema real del libro es más amplio. Incluye novedades, sí, pero también saldos, usados, donaciones, bibliotecas, ferias, préstamos, herencias, rescates, clubes, escuelas, archivos, lecturas tardías. Un país que solo discute el precio del libro nuevo está mirando una parte del circuito. Importante, pero parcial.

El librero no solo vende el primer viaje del libro. Muchas veces organiza sus regresos.

Una cadena no es una comunidad

En las discusiones sobre política del libro se habla mucho de cadena: cadena editorial, cadena comercial, cadena de valor. La palabra sirve, pero también engaña. Ordena el dibujo, pero puede borrar la vida que ocurre entre un punto y otro.

Una cadena sugiere eslabones alineados, funciones sucesivas y un movimiento relativamente ordenado: autor, editorial, distribuidor, librería, lector. Robert Darnton propuso pensar la circulación del libro como un circuito de comunicación más complejo, donde intervienen autores, editores, impresores, transportistas, libreros, lectores y múltiples retroalimentaciones históricas. Esa idea ayuda a corregir la imagen lineal.

Eduardo Santa, en *El mundo mágico del libro*, sirve para precisar todavía más el punto. Cuando habla de la cadena entre autor y público, no la reduce a comercio. La entiende como comunicación social. Antes del autor están los libros de otros: los que le enseñaron a leer, le sembraron inquietudes y le transmitieron una experiencia acumulada. Y entre la obra y el público aparecen oficios concretos: editor, impresor, librero, bibliotecario. Santa nombra al librero como «el librero que la difunde en su establecimiento comercial». La palabra importante ahí no es establecimiento. Es difunde.

Santa discute, además, una tentación parecida con el bibliotecario: reducirlo a quien trata «el libro como objeto que se compra, se procesa y se presta». El paralelo con el librero es evidente. Si la mediación cultural se mira solo como trámite, todo parece reemplazable: clasificar, mover, cobrar, prestar, despachar. Pero el punto es exactamente el contrario. El libro no circula solo como cosa. Circula como relación.



Cadena, si se quiere, pero entendida como circuito humano.

El problema de hablar solo de cadena es que vuelve tentador preguntar qué eslabón se puede abaratar, sustituir o apretar. Pero una cultura lectora no funciona únicamente como cadena. Funciona también como comunidad, memoria, conversación, recomendación, conflicto, gusto, prestigio, escuela, barrio, azar.

El librero trabaja justo en esa zona difícil de medir.

No produce el texto. No suele fijar el precio. No imprime. No distribuye a gran escala. No siempre tiene poder de negociación. Pero puede hacer algo que la cadena por sí sola no garantiza: convertir circulación en encuentro.

Por eso es tan pobre tratar al librero como un costo agregado. La pregunta no debería ser solo cuánto encarece el librero un libro, sino qué pierde una cultura cuando desaparecen los lugares donde alguien todavía puede responder por qué ese libro, por qué ahora, por qué para vos.

Contra la falsa neutralidad del catálogo

El catálogo infinito parece democrático. Todo está disponible. Todo puede buscarse. Todo puede comprarse. Todo puede llegar.

Pero la disponibilidad no es neutral.

Lo que aparece primero no aparece primero por azar. Lo que se recomienda masivamente no necesariamente es lo mejor, lo más necesario ni lo más justo. Lo que tiene presupuesto de marketing llega antes. Lo que rota rápido ocupa espacio. Lo que se adapta bien a la plataforma gana visibilidad. Lo que exige tiempo, rareza, contexto o conversación queda más cerca de desaparecer.

Ahí aparece una figura que Giulio Einaudi nombró con precisión cruel: el «falso best seller», esos desastres creados cuando el sistema empuja un libro como si ya fuera un éxito antes de que los lectores lo confirmen.¹ No es el bestseller auténtico, el libro que efectivamente encontró muchos lectores. Es otra cosa: una expectativa comercial impresa como certeza.

El falso bestseller permite ver algo que el catálogo suele esconder. A veces la mesa muestra una apuesta que no funcionó. Muestra el deseo de venta, la campaña, la compra grande, la pila armada, el tono de acontecimiento. Y meses después muestra también el residuo: el mismo libro en liquidación, desplazado hacia mesas donde el mercado intenta sacarse de encima su propia profecía fallida. Ese libro no era bestseller. Era deseo de bestseller.

El librero independiente puede equivocarse, por supuesto. También tiene gustos, límites, sesgos, zonas ciegas y necesidades comerciales. Pero su mediación conserva algo políticamente importante: puede ser discutida. Uno puede hablar con un librero, contradecirlo, volver, pedir otra cosa, construir una relación.

La plataforma personaliza sin conversar. La librería conversa sin pretender saberlo todo.

Una cultura lectora no se forma solo con acceso a contenidos. También necesita espacios donde el gusto se argumenta, se contagia, se pelea, se revisa.

Alberto Manguel, en *Una historia de la lectura* y *La biblioteca de noche*, vuelve una y otra vez sobre la lectura como experiencia histórica, corporal y personal. Leer no es simplemente decodificar información. Es habitar una relación con los textos, con los soportes, con los lugares y con otros lectores. La librería pertenece a esa historia no como accidente comercial, sino como uno de los escenarios donde la lectura se vuelve práctica social.

El librero no sustituye al lector

Defender al librero no significa infantilizar al lector. Un buen librero no decide por el lector. No impone. No pontifica. No convierte el gusto propio en ley. Si trabaja bien, hace algo más sutil: agranda el campo de elección.

El lector que entra a una librería puede saber exactamente qué quiere. En ese caso, la mejor mediación puede ser la eficiencia: encontrar el libro, conseguirlo, reservarlo, avisar cuando llega.

Pero muchas veces el lector no busca un título. Busca una experiencia, una compañía, una dificultad, una salida, un regalo, una puerta de entrada, una continuación. Ahí el librero no reemplaza la voluntad del lector: la ayuda a tomar forma.

Un buen librero no estrecha el mundo. Lo ensancha.

Por eso una librería independiente no vale solo por tener criterios propios, sino por permitir que esos criterios entren en diálogo con los de quienes llegan. Cada mesa es una hipótesis. Cada recomendación, una apuesta. Cada devolución del lector, una corrección. Cada libro que no se vende, una pregunta. Cada libro que encuentra lector, una pequeña confirmación.

La librería es un pensamiento en movimiento.

Cuidar librerías no es lo mismo que congelarlas

También hay que decir esto: defender el valor del librero no puede convertirse en una coartada para evitar cambios. Las librerías no tienen derecho automático a sobrevivir por el solo hecho de existir. Ningún oficio cultural se defiende bien cuando pide reverencia y rechaza autocrítica.

Una librería también tiene que leer su época.

Debe preguntarse cómo comunica, cómo vende, cómo atiende, cómo integra lo digital, cómo arma comunidad, cómo trabaja con escuelas, cómo conversa con editoriales, cómo recibe lectores jóvenes, cómo se vincula con usados, saldos, novedades, clubes, ferias, redes, envíos, interior, accesibilidad y formas nuevas de descubrimiento.

Defender al librero no es defender su inmovilidad.

Jorge Carrión ha insistido en mirar las librerías dentro de una ecología cultural amenazada por plataformas, concentración y velocidad. Esa defensa es más interesante cuando no se limita a la nostalgia. Una librería no puede ser solo resistencia melancólica. Tiene que ser una tecnología cultural viva.

La pregunta no es cómo preservar intacta una postal del siglo XX. La pregunta es qué formas de mediación humana necesita una cultura lectora en el siglo XXI.

Ahí el librero tiene mucho para decir, pero también mucho para aprender.

El precio no alcanza para nombrar el valor

Las discusiones recientes sobre el precio del libro muestran un problema de lenguaje. Cuando todo se concentra en el precio final, la figura del librero aparece deformada. O se lo presenta como víctima a proteger, o como margen a justificar, o como actor interesado que quiere defender su negocio.

Puede haber algo de verdad en cada una de esas imágenes, pero ninguna alcanza.

El librero no vale porque sea débil. No vale porque dé lástima. No vale porque quede bien en los discursos sobre cultura. No vale siquiera porque venda un producto noble.

Vale por el trabajo que ninguna política del libro debería dar por supuesto: transformar disponibilidad en acceso real.

Acceso real no significa solo que el libro exista. Significa que alguien pueda encontrarlo, pagarlo, entender por qué le puede importar, descubrir otros caminos, recibir orientación, comprar usado si no puede comprar nuevo, encargarlo si no está, prestarlo, volver a venderlo, regalarlo, discutirlo.

Si el libro es un bien cultural, entonces su circulación no puede pensarse únicamente como transacción. Y si la circulación no es solo transacción, el librero no puede reducirse a vendedor.

Poner al librero en su lugar

Poner al librero en su lugar no significa ponerlo por encima de autores, lectores, editoriales, bibliotecas o docentes. Significa ubicarlo donde realmente trabaja: en el cruce entre catálogo y comunidad.

El autor escribe. La editorial apuesta. La imprenta materializa. La distribuidora mueve. La biblioteca conserva y democratiza. La escuela forma. El lector completa. ¿Y el librero?

El librero aproxima.

Aproxima libros a lectores, lectores a libros, libros olvidados a nuevas conversaciones, editoriales pequeñas a públicos posibles, bibliotecas privadas a segundas vidas, barrios a actividades culturales, dudas a recomendaciones, deseos vagos a títulos concretos.

Ese verbo, aproximar, parece modesto. Pero una cultura lectora depende de verbos así.

Porque entre un libro y un lector siempre hay distancia. A veces es económica. A veces es geográfica. A veces es simbólica. A veces es de información. A veces es de miedo. A veces es de exceso. A veces es de falta de tiempo. A veces es de no saber por dónde empezar.

El librero trabaja sobre esas distancias. A veces con una recomendación. A veces con una reserva. A veces aceptando que el libro que conviene no es el más caro. A veces diciendo «no lo tengo, pero te lo puedo buscar».

No las elimina todas. No puede. Pero las vuelve transitables.

Una defensa sin folclore

No quiero una defensa del librero que dependa de una aureola. Sería demasiado cómoda, y además falsa. Hay malas librerías, malos libreros, malos catálogos, malas prácticas, malos precios, malas experiencias. También hay plataformas útiles, lectores autónomos, comunidades digitales valiosas y formas de circulación que no pasan por una librería.

La defensa del librero no necesita negar nada de eso. Al contrario: cuanto más precisa sea, más fuerte se vuelve.

El librero importa no porque sea la única puerta hacia los libros, sino porque es una puerta distinta. Una puerta donde el acceso puede volverse conversación. Donde el catálogo puede adquirir sentido. Donde lo que no estaba de moda puede volver a circular. Donde una persona puede entrar buscando un título y salir con una pregunta mejor.

En una época obsesionada con quitar intermediarios, conviene distinguir entre intermediarios que capturan valor e intermediarios que lo crean. El mal intermediario se coloca en el medio para cobrar peaje. El buen librero se coloca en el medio para que algo llegue mejor.

Esa diferencia debería estar en el centro de cualquier política cultural sobre el libro.

Vuelvo a la escena inicial: alguien cruza una puerta, mira una mesa, pregunta mal por un libro que no termina de recordar. Podría resolverlo solo, quizá. Podría buscarlo en una pantalla, quizá. Pero en una librería todavía puede ocurrir otra cosa: que alguien escuche esa búsqueda incompleta y la tome en serio.

Ahí, en ese gesto pequeño, hay una forma de lugar.

No nostalgia. Lugar.

Un libro que encuentra a alguien. Alguien que encuentra una pregunta. Una conversación que no estaba prevista. Una lectura que vuelve a circular.

Eso también es defender el libro.

Martín Álvarez

Tremendos Libros

[@unfalsoguru](#)

Lecturas de trabajo

- Jorge Carrión, *Librerías*.
- Jorge Carrión, *Contra Amazon*.
- Héctor Yánover, *Memorias de un librero*.
- Juan Carlos Onetti, *Dejemos hablar al viento*.
- Patricio Rago, *Ejemplares únicos*.
- Roberto Larrea, *Vestigios léxicos griegos en el habla gauchesca y carta adjunta a Brecha* (2010).
- Shaun Bythell, *Diario de un librero*.
- Helene Hanff, *84, Charing Cross Road*.
- Sylvia Beach, *Shakespeare and Company*.
- Adrienne Monnier, *Rue de l'Odéon*.
- Christopher Morley, *La librería ambulante*.
- Christopher Morley, *La librería encantada*.
- Marc Augé, *Los no lugares. Espacios del anonimato*.
- Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*.
- Robert Darnton, *The Case for Books*.
- Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*.
- Alberto Manguel, *La biblioteca de noche*.
- Carlos María Domínguez, *La casa de papel*.
- Eduardo Santa, *El mundo mágico del libro*.
- Jorge Luis Borges, «La biblioteca de Babel».
- Michael Ende, *La historia interminable*.
- Penelope Fitzgerald, *La librería*.

Notas

1. Giulio Einaudi, *Giulio Einaudi en diálogo con Severino Cesari*, Anaya & Mario Muchnik, p. 16. [e](#)

Esta es una versión PDF optimizada para impresión. La versión web del ensayo está disponible en <https://falso.guru/posts/valor-del-librero/>.

Página imprimible: <https://falso.guru/posts/valor-del-librero/print/>